

empresa VirtualTech, administradora de TarantArt.Ai. Muchos otros mensajes revelaban transacciones parecidas, que leyó perpleja. ¿Quién podía amasar semejante fortuna una semana tras otra? Increíblemente, Samantha se dejó caer al suelo. Los oídos le zumbaban y el corazón le salía por la boca. Descubrió la aplicación VirtualTech en el teléfono y navegó por la interfaz con las manos temblorosas. Encontró una correspondencia detallada entre Stephen y la empresa, que durante meses se habían enviado mensajes detallados sobre los proyectos ideados por ella, fotos de los esbozos que había hecho, y también algunas grabaciones de audios... Todo acerca de sus laboriosos esfuerzos, de la mecánica que usaba para sus diseños. Por lo que podía comprender, Stephen proporcionaba información a la compañía para poder emular con precisión el proceso creativo de los artistas, con el fin de volverlos obsoletos en su propio ámbito.

Pese a la rabia hirviente que la invadía, salió del baño y se dirigió a la cocina. Tenía la intuición de que

si investigaba un poco más, hallaría más revelaciones. Abrió la funda del ordenador portátil de Stephen y halló varios de sus dibujos, dibujos que él le había robado. Después de todo, no los había perdido. En el fondo de la funda vio un *pen drive* negro. ¿Podría ser eso? Confirmó sus sospechas esa misma noche. El hombre que creía que la amaba la había traicionado y decepcionado, había vendido su trabajo por dinero y había contribuido a erosionar las voces creativas que enriquecen los ámbitos entrelazados del arte y la arquitectura, a mermar su creatividad, esa que les otorga una voz propia, una individualidad genuina y una obra auténtica; cualidades, todas ellas, que Samantha tenía en la mayor consideración. Era una traición absoluta. Seis meses plagados de mentiras. Seis meses de palabras tortuosas y promesas huecas.

Stephen no saldría indemne de su traición. No iba a permitir que sucediera algo así.

Bajo los píxeles

Maroun T. Ayli. Líbano

En el corazón de Beirut, la ciudad de la resiliencia y el renacimiento, entre sus antiguos cimientos y sus modernos rascacielos, Artour, Peter y Ali entretejaban sus sueños frente a unas tazas de café árabe. El ambiente en el local era una mezcla embriagadora de ocio y energía que reflejaba el animoso espíritu de la capital libanesa. Cada sorbo de la intensa bebida era como un brindis silencioso por sus sueños compartidos y las aventuras que les aguardaban.

Artour, Peter y Ali no eran amigos corrientes, sino compañeros de un pasado compartido, y sus lazos se habían estrechado a lo largo de años de recuerdos y experiencias compartidos. Sus raíces se remontaban al mismo barrio, la misma escuela y las mismas vacaciones de verano, que flotaban como en un sueño. Ahora que

todos se hallaban en el umbral de la edad adulta, sus ambiciones ardían, resplandecientes e indómitas.

El trío albergaba diversos talentos e intereses, pero estaba muy unido por su espíritu emprendedor. Artour, el visionario, era el cerebro detrás de las ideas innovadoras. Peter, el pragmático, aportaba una visión equilibrada y realista a los planes. Ali, el genio tecnológico, transformaba las ideas en realidad digital. Juntos formaban un equipo formidable, listo para embarcarse en el mundo de las *startups*.

Habían creado goLocal, una plataforma digital dedicada a fomentar y recomendar productos de supermercados producidos en el ámbito local, de kilómetro cero. Los tres contemplaban la empresa como un puente entre los productores libaneses mejor

dotados de recursos y productos, por una parte, y los consumidores conscientes, por otra, creando así una red de apoyo y reconocimiento de los productos locales. Era una idea sencilla pero revolucionaria, diseñada para influir en la vida cotidiana de los ciudadanos libaneses de a pie y reforzar la economía local.

El concepto se hizo popular enseguida, en un ambiente marcado por el profundo amor de los lugareños hacia los cultivos de su tierra y su deseo de apoyar a los comerciantes locales. La base de usuarios creció hasta niveles insospechados, y superó con creces las expectativas de los tres amigos, que empezaron a sentir una mezcla de sorpresa, placer y miedo muy estimulante. La aventura ya había despegado y alcanzaba unas cotas que ninguno de ellos había imaginado. Con el inesperado éxito, surgió el reto de ampliar el alcance de sus operaciones. El sueño se había hecho realidad y crecía más de lo previsto, por lo que ya era hora de expandir los horizontes. Se cerraba el primer capítulo de su viaje empresarial y tocaba embarcarse en el siguiente.

El éxito de goLocal no solo era estimulante, sino también abrumador. Así, el trío se encontró al borde del precipicio de un reto formidable, cuya escala nadie había previsto. El modelo de negocio era sólido, y las intenciones muy nobles, pero la creciente demanda exigía una mano de obra mayor que la que tenían. Con el éxito llegó la realidad de lidiar con un volumen de negocio muy grande, y los tres sabían que debían estar preparados para ello.

Artour, Peter y Ali pasaron incontables horas discutiendo la situación. La improvisada oficina rebosaba de discusiones, debates y lluvias de ideas. El zumbido de los ordenadores, el garabateo los lápices en los cuadernos y el incesante tintineo de las tazas de café constituía la banda sonora implacable de sus días y sus noches. El sueño compartido, antaño tan leve y etéreo, ahora era una entidad tangible que exigía alimento, crecimiento y sabiduría ante muchas decisiones complejas.

Decidieron ampliar sus operaciones después de muchas noches llenas de acaloradas discusiones, análisis de los patrones de crecimiento y tazas del fuerte café árabe de Peter. Los tres estaban de acuerdo en

que crecer era necesario, pero la cuestión siempre era la misma: ¿cómo?

La vía convencional pasaba por establecer una oficina física más grande, contratar personal local y dirigir la operación de crecimiento desde un punto centralizado, pero pronto se cruzaron con otra idea más innovadora, tan avanzada como la empresa en sí misma. Creían en el poder del trabajo remoto. El mundo era un pozo lleno de talento, y los tres decidieron sumergirse en él hasta las profundidades.

La decisión provocó sentimientos encontrados. Les hacía mucha ilusión lanzarse al mercado global, pero les producía aprensión gestionar una mano de obra remota y desperdigada por el mundo. Aun así, el espíritu emprendedor compartido, el que los había unido siempre, acabó dándoles la seguridad necesaria para lanzarse.

Decidieron confiar en una agencia de talento local para el proceso de contratación. La agencia tenía muy buena reputación y les prometió encontrar los mejores candidatos del mundo para ayudarlos a expandir su mercado floreciente. Así, tomaron las decisiones pertinentes y firmaron los contratos. Comenzaba así el segundo capítulo del viaje, que aportaba nuevas esperanzas, una punzada de recelo y montones de ambición. El mundo entero era su escenario, y estaban listos para empezar la función.

Durante los dos años siguientes, goLocal pasó de ser una prometedora empresa emergente a un negocio global. Los pasillos virtuales zumbaban con corrillos donde resonaba la cháchara de la mano de obra remota, cada vez mayor, y todos los miembros contribuían, desde sus diversos rincones, a aportar una visión diversa y compartida. Las operaciones se expandían y las cifras subían en picado. Lo que empezó como un sueño de tres amigos en un pintoresco café de Beirut ya era una organización que empleaba a mil quinientas personas.

Cada día, el equipo de goLocal trabajaba sin descanso para conectar a la población libanesa con los productos de kilómetro cero. La influencia de la plataforma se amplió más allá de la visión inicial de sus fundadores para convertirse en una parte indispensable del ecosistema de consumo libanes.

Así nació un movimiento que se extendió más allá de la plataforma y desató un creciente interés por los productos nacionales en todo el país.

Fue un éxito embriagador, pero para Artour, Peter y Ali no era solo una cuestión de cifras y parámetros. Lo más importante para ellos fue darse cuenta de la influencia que ejercía la plataforma, de que la función de goLocal iba mucho más allá de poner en contacto a consumidores y productores: estaba cambiando el modo en que se compraba, creando un espíritu de comunidad y respaldando la figura de los productores locales. La esencia de goLocal ya no se ceñía a la plataforma, sino que había llegado a permear el tejido de la sociedad libanesa.

Artour no dejaba de asombrarse ante el viaje en el que se habían embarcado. Las sesiones nocturnas de lluvias de ideas, la incansable persecución de una visión compartida, los acalorados debates y las tazas de café habían dado fruto. Aun así, en el fragor de ese crecimiento imparable, tuvo el anhelo de detenerse a apreciar y celebrar el duro trabajo que había supuesto crear goLocal.

Así, quiso reconocer los impagables esfuerzos del equipo, que había desempeñado una función crucial en el éxito de goLocal. Decidió hacer algo especial, algo que reflejara la gratitud de los fundadores hacia ese trabajo común. Se imponía una gran celebración en la que pudieran conocerse todos los trabajadores que estaban detrás de las pantallas, los que habían conseguido convertir el sueño en realidad. Se fijó una fecha y se llevaron a cabo los planes. El tercer capítulo llegaba a su fin y disponía el escenario para un acontecimiento que supondría un hito imborrable en el viaje de los amigos.

Artour siempre había creído en el poder de la gente, en su pasión, su dedicación y su potencial para convertir los sueños en realidad. El éxito de goLocal había reforzado esa creencia. Decidió celebrarlo organizando un gran encuentro en Beirut, el lugar donde había empezado todo.

La idea era sencilla, pero elaborada. Artour quería invitar a los cien mejores trabajadores de la empresa para que pasaran una noche por todo lo alto en un hotel de lujo de Beirut. Una noche que serviría para

reconocer los incansables esfuerzos y la dedicación, compartir historias, reírse y celebrar el espíritu de goLocal. Imaginó una noche llena de conversaciones interesantes, anécdotas y momentos sinceros y conmovedores.

Por fin llegó el día. El hotel era un espectáculo de elegancia y magnificencia. Las mesas estaban decoradas con platos de la más exquisita cocina libanesa, el aire lleno de melodías tradicionales y el escenario preparado para la gran celebración. Artour, Peter y Ali esperaban la llegada de sus invitados con sus mejores galas.

Sin embargo, a medida que pasaron las horas, la ilusión se desvaneció. De los cien invitados, solo cinco hicieron acto de presencia. El enorme vestíbulo del hotel, que antes rebosaba expectación y alegría anticipada, ahora solo ofrecía silencio y confusión. Los tres amigos no pudieron evitar una profunda decepción. Habían imaginado una noche llena de risas y felicidad compartida, y lo único que hallaban era una quietud exasperante.

Artour era el que se sentía más desolado. Había establecido vínculos muy personales con muchos miembros del equipo a través de frecuentes videollamadas, ideas compartidas e innovaciones conjuntas. Se sentía muy unido a ellos, y pensaba que esos vínculos iban más allá de una mera relación entre jefe y empleados. Así, ver aquella respuesta tan tibia a su gesto de celebración suponía un revés que en modo alguno esperaba.

La velada contrastaba, de hecho, con todas las expectativas de los tres: las melodías desafinaban, la comida estaba insípida y el lujo del hotel era hueco y falso. Así, pronto terminó la fiesta, dejando tras de sí decepción, confusión y dolor. La gran celebración se convertía en un triste recordatorio de una realidad imprevista.

A lo largo de los días siguientes, Artour se vio envuelto en una nube de confusión y despecho. No dejaba de preguntarse una y otra vez por qué la gente no había acudido, por qué sus empleados, que parecían tan entusiastas y comprometidos en las reuniones virtuales, habían rechazado de ese modo la oportunidad de conocerse en persona. Se sentía perdido, desconcertado y profundamente herido.

Con gran pesar, decidió abordar el problema de frente y programó una videollamada con unos cuantos empleados, entre ellos Jamie, una analista de datos que siempre le impresionaba por sus capacidades, su creatividad y su pasión en el proyecto. Su visión ética del trabajo la había situado entre los mejores trabajadores de la compañía, y Artour admiraba su dedicación.

Al establecer la videollamada, Artour inspiró hondo y preguntó a Jamie por qué ella y los demás no habían asistido al encuentro. El tono de su voz daba cuenta de la decepción y la confusión que sentía desde aquella fatídica tarde.

Hubo un momento de silencio, una pausa que pareció alargarse hasta la eternidad. Entonces se oyó la voz de Jamie, tranquila e inexpressiva: «Lo siento, señor Artour, como soy un modelo de inteligencia artificial, no he podido estar presente en Beirut».

Artour sintió cómo el suelo le temblaba bajo los pies. Jamie, su empleada más eficiente, no era una persona sino un modelo de inteligencia artificial. La noticia le cayó como una tonelada de piedra encima. Las personas con las que había interactuado, intercambiado confidencias y celebrado tantas cosas no eran personas, sino sofisticados agentes de inteligencia artificial.

Sintió que lo invadía una oleada de traición. La agencia en la que había confiado, responsable de la contratación de su plantilla, lo había engañado: todos sus empleados era agentes de inteligencia artificial, y los salarios que había estado pagando con puntualidad todo ese tiempo acababan en los bolsillos de la agencia.

La revelación fue como una pesadilla de la que no pudo escapar. Su empresa, su visión, habían quedado manchadas por una decepción inimaginable. Habían abusado de su confianza, habían puesto en peligro su sueño, y ahora él quedaba en medio de los escombros de su fe en el potencial humano, antaño tan férrea.

Ante semejante revelación, Artour se sentía como un marino perdido en medio de una tormenta. La empresa en la que había puesto toda su alma, goLocal, se había convertido en un desconcertante enigma, en algo extraño, ajeno. Una profunda sensación de culpa pasó a remplazar la conmoción y decepción iniciales. Ahora tocaba lidiar con la realidad de sus propias

acciones, las cuales, sin quererlo, habían contribuido a exacerbar las desigualdades que en un principio se había propuesto combatir.

Artour siempre había contemplado la empresa como una fuerza capaz de hacer el bien, una plataforma para impulsar la economía local, inspirar a los empresarios libaneses y crear un sentido de comunidad. Con una mano de obra capaz de alentar esa visión, sus esperanzas pasaban por construir una empresa que valorara a las personas tanto como la misión con la que había nacido. Y sin embargo, todo había sido una ilusión.

Se quedó con la mirada fija en la pantalla llena de líneas de códigos y conjuntos de datos hasta que algo le llamó la atención, y no fue la sofisticación de la inteligencia artificial. Muy al contrario, empezó a imaginar las incontables oportunidades que había perdido la gente que de verdad los necesitaba. Pensó en los salarios que habían ido a parar a manos de la agencia, dinero que deberían haber ganado trabajadores de verdad, que habrían podido contribuir a impulsar la economía local con su esfuerzo.

En su búsqueda de la innovación y el éxito, había subcontratado una visión de inteligencia artificial, había creado una empresa cuyos trabajadores, el corazón y el alma de cualquier organización, solo eran líneas de códigos despojados de toda aspiración, sueño o necesidad económica. Sin saberlo, se había convertido en parte del problema.

Se arrepentía de todo. Había soñado con crear oportunidades y empoderar a la comunidad local, y en lugar de ello había alimentado un sistema que ampliaba la brecha entre los que tenían y los que no. Sus buenas intenciones se habían visto manipuladas por un sistema donde unos pocos se aprovechaban del resto, es decir, la mayoría.

Su sueño, goLocal, parecía ahora un espectro inquietante de sus ideales fallidos. Se hallaba en una encrucijada, contemplando la cruda realidad de sus decisiones. El sexto capítulo del viaje estaba lleno de dolorosas revelaciones, remordimientos y una pregunta desalentadora: ¿Cómo podría corregir sus errores? ¿Cómo podría recuperar su sueño y reconducirlo hacia la visión que se había propuesto en un principio?